

ASUNCIÓN DE MARIA

El dogma de la Asunción se refiere a la presencia de María, en cuerpo y alma, en el cielo. Se trata de un privilegio mariano. Ella es la primera criatura que participa de la resurrección de Cristo. En el prefacio de la Misa se dice: «Porque hoy ha sido llevada al cielo la Virgen, Madre de Dios; ella es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada». El dogma hay que entenderlo en sentido estricto, no figuradamente. María no conoció la corrupción del sepulcro y, por ello, ahora participa corporalmente de la felicidad del cielo. Es la única criatura que ya ha sido glorificada. Los demás difuntos esperan el día de la resurrección gloriosa.

En el Catecismo se señala que hay una relación entre dogma y espiritualidad. Es decir, las verdades que la Iglesia enseña y propone para ser creídas han de alimentar nuestra vida espiritual. Si no fuera así, podríamos caer en una especie de sentimentalismo o dejar a nuestra oración vacía de todo contenido. Por eso, la contemplación de María en el cielo también enriquece nuestra vida interior.

Nuestros tiempos son marianos. Pío XII y Juan Pablo II se han referido a ellos como «una era mariana». También las apariciones de La Medalla Milagrosa, Lourdes y Fátima, por ejemplo, así como las que todavía están por declarar, como Medjugorje, indican la urgencia de que los cristianos de hoy fijen sus ojos en María. Así se entienden las palabras del Magníficat: «Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el poderoso ha hecho maravillas en mí». Todos los grandes santos de la época moderna han profesado una gran devoción a la Virgen.

El Libro del Apocalipsis nos habla de una señal que aparece en el cielo. La mujer que va a dar a luz es imagen de María y de la Iglesia. El dragón (demonio), intenta devorar al hijo que ha de nacer. Ese hijo es, en primer lugar, Jesús, pero también los cristianos. Así vemos cómo María aparece adornada con signos cósmicos (sol, luna, estrellas), y vence al maligno. Por eso, contemplándola a ella y pidiendo su intercesión nos es más fácil caminar hacia la vida eterna.

La gloria de la que participa María es la misma que Dios quiere dar a todos sus hijos. Ella ha participado de una forma anticipada y particular por la especial unión que tiene con su Hijo. Parece lógico que donde está el Hijo esté también la Madre.

Algunas estadísticas recientes indican que muchos cristianos, incluso católicos practicantes, no creen en la resurrección de los muertos. La fiesta de hoy nos recuerda que la salvación de Jesús alcanza al hombre completo (cuerpo y alma). Nuestros cuerpos, mortales y corruptibles, han de resucitar un día.

Al contemplar a María en el cielo, se nos hace más patente la victoria definitiva de Jesucristo sobre el pecado y la muerte. Pidámosle a la Virgen que nos conceda una comprensión más profunda de esta verdad de fe.